

Ratas de coliseo

Rodrigo Herrera Estrella



Capítulo 1

RATAS DE COLISEO



El público gritaba enloquecido, burbujeando en las gradas del Estadio Nacional como una marea de alquitrán hirviendo, mientras Marco, o Mouse como le decían los otros huérfanos, se arrastraba entre los pies de los espectadores buscando restos de comida.

Debajo de un asiento encontró una salchicha envuelta en un pan mohoso a medio masticar. Arrojó el pan a un lado, sacudió los pelos que cubrían el trozo de carne sintética y se lo comió. Iba a seguir con su camino cuando una rata salió de un agujero, abalanzándose sobre las migas que el niño había desechado. El pelaje del roedor, blanco y verdoso como el sarro de una batería vieja, apenas se veía bajo el aceite de motor que lo cubría.

—Hola chiquitín —dijo Mouse, ofreciéndole un trozo de carne seca que sacó de su bolsillo.

El ratón se acercó sin miedo y tomó lo que le ofrecían. En ese momento Mouse se fijó en la cola del animal. Era plateada, brillante, y se contorneaba produciendo un repiqueteo metálico. El niño envolvió a la alimaña entre sus manos, pero cuando iba a examinarla más de cerca alguien le pateó las costillas.

—¡Sal de aquí mocoso! —gritó un hombre gordo antes de patearlo de nuevo— ¡Anda a molestar a otra parte!

Mouse se paró como pudo, y con el ratoncito entre sus manos bajó por las escaleras del estadio, saltando de a tres peldaños sin mirar al frente. En ese momento, en el centro de la cancha, un hombre con brazos metálicos

le cortaba la cabeza a otro con un machete oxidado. El público gritaba, aplaudía y saltaba, haciendo temblar los pilares del recinto.

El niño entró en una galería y contempló al animal lejos del bullicio. Lo tomó de la cola metálica, lo dio vueltas y se fijó que en el vientre tenía un tatuaje que decía *"Propiedad de Cencosud Prostetics S.A. En caso de encontrar este ejemplar dirigirse a Marathon 1315. Se ofrece recompensa"*

Mouse no sabía leer, pero reconoció la inscripción "Marathon 1315". Había visto esos caracteres muchas veces, esculpidos en enormes placas de metal oxidado ancladas en la fachada de un edificio frente al estadio. "Debe ser la mascota de alguien —pensó levantando los hombros—, ojala me den algo de comer si se la llevo".

Apegó la rata a su pecho y salió del estadio, entusiasmado por su inesperada misión, pero cuando miró al cielo frunció el ceño. Estaba nublado y el viento del norte venía cargado de azufre, escociéndole los ojos y la garganta. En cualquier momento caería lluvia ácida.

Apresuró el paso recordando las palabras de Pablo, el quinceañero líder del grupo de huérfanos al que pertenecía. "¡Nunca dejes que te toque la lluvia! Después de las bombas que tiraron en la guerra solo cae veneno del cielo. ¡Si te mojas, te mueres! Así de simple. Te frías como una cucaracha en aceite"

Se imaginó a él mismo convertido en un bicho retorciéndose en el líquido corrosivo. Sacudió la cabeza para sacar esa imagen de su mente y comenzó a correr. Llegó a su destino jadeando y con la rata apretada en sus manos sudorosas. Levantó al animal y comprobó que la inscripción en su vientre fuera la misma que estaba en el frontis del edificio: "Marathon 1315".

Tocó el botón del intercomunicador que estaba en la reja.

—No hay comida. Váyase —dijo con indiferencia la imagen de un hombre en la pantalla, y se apagó antes de que Mouse alcanzara a decir algo.

Intentó de nuevo, pero nadie respondió. Estaba a punto de irse, resignado, cuando comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Se desesperó y comenzó a golpear frenéticamente el botón rojo del intercomunicador, protegiendo al ratón contra su pecho.

—¡Por favor! ¡Va a llover! ¡Déjenme entrar!

Pero de una compuerta en el techo del edificio salió un dron, furioso y zumbante como una avispa metálica. En la base tenía un agujón del que

salían chispas.

—Aléjese por su propia seguridad —dijo una voz artificial a través del parlante.

—Por favor déjenme entrar —suplicó el niño— ¡Encontré a su mascota!
—alzó a la rata con una mano mientras la protegía de la lluvia con la otra.

El dron flotó unos segundos en el aire, y después se acercó tan rápido que el niño retrocedió. Cuando estuvieron a la misma altura Mouse pudo ver su cara reflejada en el lente de la cámara. Incluso podía escuchar los engranajes mal aceitados cuando esta lo enfocaba.

Después de un chasquido la reja comenzó a moverse, y en el umbral de la puerta principal apareció una mujer. Tenía las manos en los bolsillos de un delantal desabrochado, blanco como los cabellos de su melena.

—Hola niño —dijo ella, sonriente—, ven aquí. No es bueno estar bajo esa lluvia.

El agua comenzó a caer a cántaros.

—Gracias señora —dijo Mouse sacándose la capucha que le cubría la cabeza—, ¡Pensé que la lluvia me iba a derretir ahí afuera!

Ella rio a carcajadas.

—Tranquilo, si te mojas un poco no pasará nada —extendió su mano bajo el techo y le cayeron unas gotas— ¿Ves? Ni siquiera duele. Pero de todas formas no es bueno que te mojes con ella. Irritaría tu piel.

Mouse imitó a la mujer, y cuando tocó las primeras gotas sonrió aliviado.

—¿Cómo te llamas pequeño?

—Me llamo Marco, pero todos me dicen Mouse —se secó la mano en el pantalón y le mostró la rata—. Creo que encontré a su mascota.

—¡Oh! Muchas gracias —la recibió con una amplia y falsa sonrisa—, pero esta no es una mascota. Es una rata de laboratorio.

—¿Cuál es la diferencia?

Los ojos de la mujer brillaron de una forma que Mouse no comprendió.

—Mmm, digamos que una *rata mascota* es como un amigo, pero una *rata de laboratorio* es como un hijo. A este chiquito —dijo agachándose y apuntando al roedor—, lo hice yo misma. Por eso soy como su mamá

¿Entiendes?

Ella tomó al ratón entre sus manos y se puso de pie.

—¿Tú tienes mamá?

Mouse negó con la cabeza. Apenas tenía nueve años, pero desde que tenía memoria vivía con un grupo de huérfanos en la estación del metro "Ñuñoa", abandonada hace más de un siglo.

La mujer volvió a sonreír de una forma que el niño no pudo comprender.

—¿Tienes hambre?

Mouse asintió.

—Entonces ven conmigo —dijo poniendo su mano en la espalda del pequeño, y a pesar de lo abrigado que estaba pudo sentirle los huesos—, busquemos algo para comer. ¿Mouse cierto? ¿Por qué te dicen así?

—Porque soy el más pequeño de mi grupo, pero sobre todo porque siempre encuentro algo de comida —dijo sonriendo.

Quince años después una multitud rugía pidiendo sangre, saltando en sus puestos haciendo temblar los pilares del Estadio Nacional.

—Ratas de laboratorio... Ratas de coliseo... —dijo Marco escupiendo al suelo de una oscura galería— Somos la misma mierda.

Cuando la puerta al final del pasillo se abrió, miró la inscripción grabada con láser en su brazo metálico. "*Propiedad de Cencosud Prostetics S.A. En caso de encontrar este ejemplar dirigirse a Marathon 1315. Se ofrece recompensa*". Golpeó su antebrazo con un machete oxidado, haciéndolo tintinear como una campana. Era hora de pelear.

